

MADREÑEIRO, UN OFICIO PARA MITIGAR LA POBREZA EN SOMIEDO

Jesús Lana Feito

Valle de Lago (El Vatsé)

La memoria oral de los madreñeiros somedanos en estos mismos días

Los encuentros y las conversaciones sin reloj y sin teléfono móvil han pasado a la historia. Dicho de otro modo, la trasmisión oral ha quedado en un segundo plano.

La sociedad de la información y de las nuevas tecnologías nos proporcionan tal avalancha de datos e información que no dejan momentos para la reflexión.

Conviene recordar, una vez más, que la sabiduría también se desarrolla a partir de la experiencia, de la observación y de la reflexión sobre la vida.

Son estas últimas razones las que me llevan a hablar con los madreñeiros de Somiedo, a escribir y mostrar detalles que van más allá del cómo se hacen las madreñas o de un posible tutorial para aprender a hacerlas. Hay detalles que sólo podemos conocer hablando con informantes de hoy, incluso madreñeiros en activo y otras personas mayores del municipio. Son testimonios poco conocidos en Somiedo.

Recordamos en estas conversaciones que las madreñas se hacían en cualquier pequeño local de la vivienda, pero también en cuevas y en chozas construidas por los madreñeiros. Allí pasaban meses en el monte sin bajar a los pueblos, como veremos más adelante. Toda una información que sitúa esta actividad en el lugar que le corresponde en el conjunto de la economía del municipio, aquella economía de subsistencia.

Una larga historia local, sin asoleyar demasiado, como tantas otras

Otros datos fueron ocultados por razones diversas y, entre otras, por la guerra civil. De la mano de algunas personas conoceremos historias que casi nunca se cuentan. En fin, esto es cultura, es etnografía, pero también es historia.

Las madreñas son un calzado confortable, barato, imprescindible en el medio rural asturiano. Calzado que aísla bien los pies del frío, de la lluvia o de la nieve. Facilitan entrar en casa con las zapatillas o escarpinos limpios y secos porque las madreñas se dejan a la entrada, en

el portal. Ahora se siguen usando con zapatillas, los escarpinos, esos calcetines gruesos hechos de paño muy duro, han pasado a la historia.

Regresemos al taller de casa o del monte recordando que hacer madreñas era una tarea para varones, que requería un aprendizaje facilitado por las personas próximas y que aportaba ingresos bien venidos en épocas de mera subsistencia.

Durante muchos años los madreñeiros vendían las madreñas en sus casas y las hacían por encargo. La materia prima estaba próxima, sólo había que acudir al monte y cortar la madera. La herramienta necesaria era más bien escasa y el tiempo libre durante gran parte del año era abundante, incluso para tallarlas, dibujarlas, ferrarlas con clavos o gomas y pintarlas.

Los datos económicos son esclarecedores si nos trasladamos a 1960-1970

Un madreñeiro: 8 pares al día	12 ptas/par	96 ptas ó 0,60 € al día
Día de mercado: 300 pares	12 ptas/par	3.600 ptas ó 22 €
Venta de un ternero al año		5.000 ptas ó 30 €
En torno a 1970 ya se vendían las madreñas a 18 ptas (0,11 € el par) y durante todo el años se vendían muchas más que esas 300 del día de mercado,		

Hoy parecen cantidades insignificantes, pero no lo eran en la época. Conviene recordar que las familias vivían de la escasa agricultura y ganadería, unas 4 ó 6 vacas por familia y que el menú se repetía todos los días: pote de berzas y un mínimo de carne de cerdo, algo de leche y algún huevo.

El dinero apenas circulaba y se reservaba para comprar algo de azúcar o de aceite u otros gastos muy escasos. Todo ello a pagar cuando se vendía un ternero o, en este caso, con unos pares de madreñas. Disponer de unas pesetas era todo un capital.

La pequeña industria familiar de las madreñas, muy organizada en su tiempo

Se vendían madreñas en Aguasmestas, en el mercado mensual. Allí acudían los madreñeiros con sus sacos llenos de madreñas. Cada uno llevaba dos o tres sacos en el caballo y la venta estaba siempre asegurada en aquella zona reservada al lado del puente llamada “el mercao de las madreñas”. La venta era especial en las dos grandes

ferias, 30 de abril y 1 de noviembre. Venían a buscarlas de todas partes, incluso de León. Las llevaban en camionetas o también, recuerda Pepe, madreñeiro de La Rebollada, en un carruaje tirado por dos caballos. En Aguasmestas también se almacenaban para su posterior reparto. Antes de cada fecha de mercao el trabajo era intenso y en dos o tres meses algunas familias podían hacer más de 300 pares para obtener esos 22 € indicados.

En este oficio también había prohibiciones y allá por los años cincuenta y sesenta no se podían cortar árboles. Toda una pantomima. El encargado de vigilar el bosque, conocido como “el vistor”, imponía sanciones económicas importantes para la época, en torno a 600 pesetas y en los años sesenta hasta 1.700 ptas. La administración recaudaba algún dinero, metía miedo a los vecinos, pero se cortaban árboles igualmente.

La referencia más antigua sobre madreñeiros, que pude escuchar en mi casa materna, hablaba de mi bisabuelo Ceferino Feito. Buen madreñeiro y carpintero venido de Villarín a casarse a L'Auteiro con mi bisabuela Teresa Lana. Cuando hacía madreñas por encargo exigía a cambio que le ayudaran en las labores propias de sus tierras. Vivía en la casa familiar de L'Auteiro, sacaba el banco de trabajo para el corral y desde allí vigilaba a las mozas que trabajaban para él en las tierras. Si ellas permanecían erguidas sin trabajar, él también se detenía y dejaba de hacer madreñas. Se trataba de un control de rendimiento a distancia y sin mediar palabra.

Cuando reunía un saco de madreñas iba a venderlas a Torre de Babia a pie por Muriastsongas con el saco al hombro. Si la venta era buena, traía un pequeño garrafón de anís corriente, lo que aquí conocemos como aguardiente.

En El Valle, hubo pocos madreñeiros. Los vecinos de más edad recuerdan a Servando el de Serafina, que las hacía muy bien y que aprendió con el padre de Xuaco, el de Urria, poco tiempo porque la guerra civil truncó las enseñanzas.

En otros pueblos de Somiedo había varios madreñeiros e incluso varios en la misma familia. ¡Qué iban a hacer tantos rapazones por el pueblo durante todo el invierno! La única tarea importante, durante el largo invierno, era la de cebar dos o tres vacas que tenían en la cuadra. Si había media docena ya era algo.

Con sus escasas herramientas para el oficio: el hacha, la zuela, la tsegra..., pocas más

Todo parece indicar que la tradición de cada pueblo o las posibilidades de aprender algún oficio rentable iban marcando su

trayectoria. Así los madreñeiros se concentraban más en unos pueblos que en otros.

Las madreñas eran casi siempre de faya y en algunos casos de abedul, nogal y otros. Los tazos, troncos pequeños de una cuarta y media, tamaño de una madreña, no podían tener nudos y se cortaban en cuarto menguante como toda la madera. La experiencia demostraba que las vigas, cortadas para construir casas, no duraban igual si se cortaban en otras lunas y esto era muy importante para conseguir una larga duración.

La herramienta necesaria era poca y podían desplazarse para hacer madreñas en lugares alejados de las viviendas. Esto evitaba transportar los troncos y facilitaba el transporte de las madreñas en un saco. El banco de trabajo era un simple tronco con cuatro patas que tenía un hueco para encajar la madreña. El tronzón, una sierra de más de un metro de larga, manejada por dos personas, era la herramienta necesaria para hacer los tazos, troncos del tamaño de la madreña.

El equipo de herramientas se completaba con el hacha y la zuela para desbastarlas y el barreno y la legra para vaciarlas.

En muchas ocasiones se instalaban en cuevas, como en Redibobia, entre los pueblos de El Vatse y La Tsamera y allí pasaban días y días. También en cabañas o chozas construidas para esta tarea, como indico más adelante. Otras veces regresaban a casa a última hora de la tarde con unos pares de madreñas listas para decorar. Las herramientas y el banco quedaban en la cueva. Una de las cuevas estaba en la senda de las cabras, senda difícil para las personas, pero gran atajo para ir de La Tsamera a El Vatse. Aloyos, vecino de La Tsamera se atrevió a pasarla a caballo de una mula.

Los madreñeiros del municipio de Caso también trabajaban las madreñas en las brañas cuando subía el ganado. Eran muchos y alguno famoso como Barrial, inmortalizado por la canción: *Baxaba Barrial de Caso con un carru de madreñes y en la Chalana púnxose a vender per elles y, grita Barrial, aquí traigo muyeres madreñes grandes y pequenas y a peseta el par...*

Madreñeiros con historia: Constantino Otero, “Tino”, Manolo Cabadina, Gerardo Calzón, Pepe el de La Rebollada, José Gancedo..., y tantos otros

Volvamos a Somiedo para hablar con algún madreñeiro. Constantino Otero, “Tino”, me decía que hizo madreñas desde neno en La Tsamera o cuando se casó en El Vatse. Él recuerda a varios madreñeiros de La Tsamera trabajando juntos en la cueva de Redibobia y en un taller que tenían en el pueblo. Recuerda a su hermano Manolo,

conocido como Cabadina, como el mejor madreñeiro y que con él aprendieron todos.

Las madreñas tenían que ser ligeras y durar algún año. Era necesario dejarlas con el espesor adecuado. Sólo se utilizaba una regla para la medida interna de la madreña.

Un madreñeiro muy especial, Gerardo Calzón, desarrolló su actividad en Las Viñas. Era un gran emprendedor. Tenía una ganadería de unas 20 cabezas, dos parejas de bueyes para trabajar y un taller de madreñas en La Riera, que daba empleo a 7 madreñeiros, además de los dos o tres ayudantes en la ganadería.

En su taller de La Riera hacían madreñas y también recogían las de otros madreñeiros de los pueblos, que se las vendían sin los últimos retoques. Toda esa producción de madreñas salía, en un pequeño camión, para la venta en Pravia o Grao y otras muchas para los obreros de la fábrica de Trubia, que ganaban buenos sueldos para la época.

Ese taller de madreñas fue elegido por las trapas franquistas para instalar allí las cocinas y preparar el rancho a base de carne de las reses que requisaban en los pueblos cercanos. La leña también era gratis, utilizaban las madreñas que estaban empaquetadas para su distribución y así quemaron sacos y sacos.

Gerardo nunca llegó a presenciar estos atropellos porque estaba preso y una vez liberado fue asesinado en Grado. No hubo otro delito que su protesta, dirigida a sus compañeros, que habían asesinado a dos vecinos de La Riera de pensamiento contrario al suyo. Según él no había motivos para matarlos y menos por sus ideas.

Así recuerdan hoy las personas mayores a Gerardo, emprendedor, defensor de la vida de cualquier persona, sea cual sea su pensamiento, y alcalde republicano durante unos meses. Otras referencias suyas quedan



en otro artículo: “Arnaldo, un apellido castigado por la guerra civil”

Queda hoy, en todo el municipio de Somiedo, un madreñeiro jubilado, pero en activo. Es Pepe el de La Rebollada. Allí aprendió el oficio de su abuelo y éste del bisabuelo, que fue el primer madreñaiero de la familia. Su tatarabuelo era sastre. Pepe conserva una escritura de una finca que compró su tatarabuelo en Cádiz

donde cumplía servicio militar durante 9 años.

Aquí se puede observar a Pepe, José Gancedo González, que a sus 73 años continúa con este oficio. Siempre tiene en reserva varios pares de madreñas que vende en casa y cuando acude a ferias o eventos. En algunos casos se desplaza con su banco de trabajo y expone en directo todo el proceso de elaboración de las madreñas. Tiene madreñas de faya, de castaño, de abedul, de nogal.

Recuerda Pepe que su abuelo, madreñeiro, nació en 1878 y que hacía madreñas para calzar con escaquin, no había zapatillas en la época. Tampoco había herramientas y toda la primera fase de elaboración se realizaba a hacha. Así cortaban las vigas que transportaban al hombro y que, si eran largas, les daban para unos 7 pares de madreñas. Las sierras, los tronzones, las zuelas, llegaron más tarde.

Para su tiempo, guapamente rentable el oficio: hasta seis pares al día...

Aunque con pocos medios, este oficio de las madreñas era más rentable que una ganadería de unas 5 vacas por familia. El abuelo de Pepe se marchaba cada año varios meses de invierno a los pueblos de Tineo, caminando por los montes. Hacía madreñas en cada casa para toda la familia y ganaba 2 pesetas al día, además de la manutención. No estaba mal para aquellos años en torno a 1900. Allí el madreñeiro sólo se dedicaba a hacer madreñas y los de casa se encargaban de cortar y traerle la madera que normalmente era de abedul. Así podía hacerles unos 6 pares al día.

El día de carnaval hacía una escapada y regresaba a casa en La Rebollada, también caminando por el monte, a celebrar lo que llamaban *el santo comilón*.

En algunos pueblos de Somiedo, hace muy pocos años, en torno a 1950, había casas que tenían como ganadería una sola vaca, un gocho y dos o tres pitas. Los hijos de esas familias no esperaban a ser adultos para iniciarse en el oficio de hacer madreñas y poder ganar unas pesetas. Aprendían a hacer madreñas cuando eran niños y recuerda Pepe que no alcanzaban bien para trabajar en el banco y que necesitaban subirse a un tachuelo para poder trabajar con el barreno y perforarlas.

En las familias trabajan todos en todo, en la pequeña ganadería y en las madreñas. La madre de Pepe los acompañaba al monte a cortar madera cuando su marido regresó del ejército muy enfermo. Esto le dejó cojo y cortar madera en el monte era para él una tarea muy difícil. Lo recuperó de la invalidez permanente un médico de Tineo. Hasta allí fue a buscarlo su abuelo. Era un médico republicano y no quería venir a

La Rebollada porque temía por su vida. Al final lo convenció y con su tratamiento recuperó la movilidad y pudo salir de la cama en la que se movía con la ayuda de una cuerda colgada del techo. El abuelo de Pepe recibió una carta del ejército de Pamplona para que recogieran a su hijo, el padre de Pepe, desahuciado y allí se presentó para traerlo a La Rebollada.

Con los talleres armados en el monte entre abril y noviembre..., cuando llegara la nieve

Volvamos a las madreñas. En La Rebollada los varones de varias familias montaban su taller en los montes de Xirona y El Texedal. Allí hacían unas construcciones, chozas provisionales, en poco tiempo, solamente con unos troncos de madera y unos rollos de chapa de zinc y unas piedras encima para no agujerear el zinc. Había unas 8 chozas y allí cocinaban los víveres que subía otro miembro de la familia que también era el encargado de bajar las madreñas al pueblo. Pasaban allí desde abril hasta octubre o noviembre, con un paréntesis para ayudar a recoger la hierba. En estos meses cuando nevaba amanecían con la cama, mejor dicho, con el camastro cubierto de nieve.

Pepe tenía unos 6 años cuando permaneció en el monte la primera temporada con los madreñeiros. Él era el encargado de tizar el fuego de todas las chozas y procurar que cocieran las patatas o el arroz o lo que hubiera sobre el fuego hecho en el suelo de cada choza. Cuando bajó del monte, después de unos meses, su abuela se sorprendió de su crecimiento y madurez.

Antes de que nevara mucho había que cortar madera, siempre en cuarto menguante, para hacer madreñas todo el invierno en casa. Estos pequeños troncos de un metro de largo, que cargaban en los caballos con cuerdas, daban cada uno para un par de madreñas. Una viga más larga, que bajaban al hombro, daba para unos siete u ocho pares. Si se agotaban los buenos árboles pasaban a comprar madera a Cangas y desde allí la traían en caballos.

Hasta la fábrica de madreñas en Aguasmestas, que sobrevive en el milenium

En los años setenta se instala en Somiedo una fábrica de madreñas, en Aguasmestas. Los madreñeiros quedaban asombrados al observar aquellas máquinas que hacían madreñas a gran velocidad. Las máquinas utilizaban una madreña como modelo y la propia máquina trabajaba la madera, tal y como hacen las máquinas que copian llaves en las ferreterías. Algunos madreñeiros eran contratados para los últimos retoques, dibujarlas y pintarlas.

José García Alba montó la fábrica de madreñas en Aguasmestas en 1965 después de un viaje a Francia. Allí observó las máquinas que

fabricaban zuecos de madera y las adaptó a sus intereses para fabricar madreñas.

Conocía bien el negocio de las madreñas porque se dedicó primero a recoger madreñas por todo Somiedo, también en los comercios, y a venderlas por Asturias, León y Galicia. Sus primeros viajes por los pueblos de Somiedo los realizaba en bicicleta.

En 2001 se jubila, la fábrica cierra y el Ayuntamiento de Somiedo adquiere las máquinas para instalarlas en el Ecomuseo de Caunedo.

La fábrica reinicia su actividad dos años más tarde, pero como fábrica de artesanía de madera y serigrafiado de vidrio. Así nace una nueva empresa, Asina SL, para continuar la labor heredada de varias generaciones de artesanos de la madera.

Jesús Lana Feito
(sitio Web: <http://www.xuliocs.com/jesuslanres.html>)